



Circuit Estable de **Cinema Català**

CRÍTQUES DELS MITJANS DE COMUNICACIÓ DE LA PEL·LÍCULA "VIAJE AL CUARTO DE UNA MADRE"

Ara – Maria Adell Carmona

'Viaje al cuarto de una madre', amor de mare

La primera sorpresa que guarda l'excel·lent opera prima de Celia Rico Clavellino és la conscient dissensió entre aposta formal i to. Aquest intimista retrat de dues dones, mare i filla, situat en un petit poble andalús, segueix un estricte sistema de posada en escena en què tant els enquadraments com el claustrofòbic espai –un modest pis de passadís estret i taula braser a la sala– semblen pensats per oprimir les dues protagonistes. El dispositiu, que transmet perfectament la idea de dues dones replegades en elles mateixes, podria haver donat peu a un psicodrama estil Bergman, però la cineasta rebaixa a la mínima expressió el voltatge dramàtic substituint-lo per una quotidianitat en la qual conviuen, amb naturalitat, drama i comèdia.

La sorpresa també és present pel que fa al relat, que boicoteja les expectatives de l'espectador mutant d'ortodoxa narració lineal a fragmentari i sensible díptic femení, ple de detalls i de veritat sobre les relacions maternofilials. Lola Dueñas construeix, a partir de la contenció i el gest mínim, un personatge complex que transcendeix l'habitual dualitat (mare terrible versus mare sacrificada) de l'arquetip, mentre que Anna Castillo en té prou amb un gest de plaer espontani, inesperat, mentre menja pernil per demostrar la intuïció sobrenatural d'una actriu que serà –si no ho és ja– una estrella.

Fotogramas – Mirito Torreiro

Para madres e hijas con sensibilidad y empatía.

Lo mejor: el impecable duelo interpretativo entre Dueñas y Castillo.

Lo peor: requiere del espectador una paciencia en desuso.

No cabe duda de que si algo caracteriza al cine español de los últimos dos, tres años es la eclosión de una generación en la treintena, mujeres, y formadas en escuelas o universidades específicas. Capaces, ya desde sus primeras propuestas de mostrar universos peculiares, presididos por la emotividad y un cierto despojamiento narrativo que hacen de sus trabajos cualquier cosa menos envoltorios retóricos. A los nombres de Carla Simón, Elena Trapé, Elena

Martín, Neus Ballús, Meritxell Colello Nely Reguera, hay que añadir otro, el de la andaluza Celia Rico. Como sus homólogas, esta antigua (y premiada) cortometrajista sabe pulsar perfectamente los estados de ánimo de bien contruidos personajes femeninos.

Y como Colell, es capaz de encerrarlos casi en un espacio único para hacer que allí, entre los pliegues de una cotidianidad a veces diáfana, otras agobiante, se manifiesten con toda intensidad unos sentimientos que en ocasiones resultan muy difíciles de gestionar. Es fácil decir de qué va la película: del amor incondicional que se profesan una madre aún joven y una adolescente que ya enfila la veintena; de los malentendidos que preside su relación (como casi todas las relaciones materno filiales, por lo demás), y de los pequeños chantajes afectivos que circulan entre ambas.

Y eso es todo. Pero lo sabemos por lo menos desde que los grandes maestros japoneses del cine familiar (Yasujiro Ozu, Mikio Naruse) nos lo mostraron: que la gran lección de este tipo de cine consiste en capturar el paso del tiempo, en rescatar existencias banales para hacer que, en una epifanía de la que sólo puede dar cuenta el talento, emerja la irresistible fuerza de la emoción. Película de mujeres, impresionantemente interpretada por Dueñas y esa genial Anna Castillo que, al paso que va, se convertirá en la mejor actriz de su generación, la película rezuma verdad y calidez. Y, no menor, también una madurez narrativa que para sí querrían muchos cineastas con más carrera a sus espaldas.

El Punt Avui – Imma Merino

Generosa i honesta

Després de realitzar l'any 2012 Luisa no está en casa, un magnífic curt amb un esperit discretament pròxim a Chantal Akerman en què la gran Assumpció Balaguer interpreta una dona que abandona les seves tasques domèstiques un cop s'espantia la seva rentadora, la jove sevillana Celia Rico Clavellino va emprendre un bonic projecte a Nou Barris (assumit per l'Ajuntament de Barcelona, ciutat on s'ha format com a cineasta) a través del qual una sèrie de dones grans testimonien sobre la pròpia vida filmant un dietari. Amb aquesta experiència, Celia Rico va tornar a Constantina, de la qual és originària, per ambientarhi el seu primer llargmetratge de ficció, que, com indica el títol, gairebé no surt de l'habitació (o posem-hi que de la casa) d'una mare. Aquesta dona, ben interpretada per Lola Dueñas, és una modista recentment vídua que ha d'afrontar que la seva filla tingui el desig de marxar. Però la història també podria ser la d'una filla que, tot i no renunciar al desig d'una altra vida, descobreix la dependència afectiva amb la seva mare.

Eludint bona part de les trampes sentimentalistes en les quals podria caure a partir del seu mateix plantejament i girs argumentals, al mateix temps que superant el realisme de poca volada, Viaje al cuarto de una madre va revelar-se com una pel·lícula honesta, sensible i més complexa del que pot aparentar, en la qual dos personatges van relacionant-se amb una generositat moral acordada amb aquella amb la qual han sigut concebuts i filmats. El seu difícil equilibri passa una prova definitiva en una escena amb un acordió en la qual Anna Castillo, la filla, culmina la seva esplèndida actuació.

El Mundo – Luis Martínez

Viaje al cuarto de una madre: deslumbrante mirada interior

Lola Dueñas: "Esta película me salvó de la tristeza"

Era San Juan de la Cruz el que advertía, antes que sólo decir, aquello de que "no viajamos para ver, sino para no ver". En su máxima con respecto de jeroglífico, el poeta santo daba, sin saberlo, la mejor descripción posible de la película de Celia Rico (da escalofríos pensar que sólo es la primera) Viaje al cuarto de una madre. En el limitado espacio de un piso de los de mesa camilla, gotelé en las paredes y espejos con marcos dorados, una madre y una hija juegan a esconderse una de la otra. Y hasta de sí mismas.

LA IDEA ES ESCONDER A LA MIRADA CASI TODO. NO IMPORTA TANTO LO QUE SE VE O SE ESCUCHA

Tras la muerte del padre, la pareja vive consumida por la certeza de que están condenadas a separarse para poder seguir juntas, para continuar queriéndose. La idea es esconder a la mirada casi todo. La directora se las arregla para, desde un universo perfectamente reconocible y hasta familiar, sembrar cada rincón de la pantalla de secretos, de enigmas que anuncian mundos. No importa tanto lo que se ve o se escucha como el pautado recuento de silencios y frases apenas pronunciadas. Y todo ello, sin renunciar ni a la carcaraja ni al llanto, los dos profundamente melancólicos. Lola Dueñas, perfecta y descomunal en su tristeza, recibe una réplica cerca del milagro de una Anna Castillo que crece a cada paso que da. Y juntas aciertan a dibujar lo más parecido a la desolación. Y a la gracia. Efectivamente, se trata de un viaje hasta lo más profundo. Hasta lo sagrado quizá. Se viaja, en definitiva, para no ver, que al fin y al cabo es la única forma de acercarse a lo misterioso, a lo relevante, a lo cierto; el único modo real de ver. Tan tensa, tan precisa, tan honda.

+ No lo duden, estamos ante la película española del año.

- Admira la capacidad de la dirección para dotar de sentido y cariño cada pieza de un mobiliario feo.

El País – Javier Ocaña

Épica de la mesa camilla

Una película sobre la aventura de la vida que no discurre por territorios exóticos sino en apenas unas baldosas

Una película sobre la aventura de la vida que no discurre por territorios exóticos sino en apenas unas baldosas, las que separan la puerta de una casa que se está deseando abandonar y la habitación de una madre que siempre ha estado ahí para dar cobijo. ¿El calor conocido de dentro, el de esa mesa camilla con enaguillas, ese trabajo heredado y nunca querido, y los rincones de siempre del pueblo, del pueblo de siempre? ¿O el frío desconocido de fuera, el de la vida a la intemperie, la laboral, la social, la sentimental, a cientos de kilómetros de la calma chicha, donde quizá habite una nueva existencia?

Celia Rico, magnífica escritora y directora debutante, ha compuesto en Viaje al cuarto de una madre una oda a la trascendencia de la sencillez, a la complejidad de las relaciones familiares, expuesta a través de un estilo con la paradoja como marca de identidad: luminosa en su interior, su exterior formal es entre gris y marrón. El lúgubre colorido de una relación más allá de la vida y de la muerte.

Retrato invisible de la nueva emigración, la nuestra, la de muchos jóvenes españoles en busca de un idioma y una salida (cuidar niñas en Londres, lavar platos en Berlín), la película de Rico mantiene en todo momento el modo elíptico del exterior. Salvo una destartada esquina nocturna de una calle, y un taller de confección inequívocamente español, el relato mantiene sin imágenes y sin apenas datos la épica del viaje, que llega al espectador, como si también nosotros fuéramos una madre, por medio del sonido de los wasaps y de la quizá mentirosa respiración al otro lado del teléfono. Un tratamiento de la información eludida que va en paralelo con todo lo relativo al padre de familia, nunca verbalizado ni revelado.

Y, sin embargo, la luz mortecina elegida por Rico y compuesta por Santiago Racaj encubre dos fognazos de incandescencia: la de la hermosa relación entre la hija y la madre, entre una cierta vitalidad y una cierta amargura, que en cualquier momento pueden intercambiarse; y la de las rotundas interpretaciones de dos actrices maravillosas, Lola Dueñas y Anna Castillo, verdad en la mirada y en el gesto, en la victoria y en la derrota.

Historia de dolores escondidos, de sombras, y de sonidos para el recuerdo (la máquina de coser, el clic de encendido de un brasero eléctrico, el envasado al vacío del jamón), de los que definen un idilio familiar hasta la muerte, Viaje al cuarto de una madre es el arduo y feliz camino de aprendizaje de dos figuras casi mitológicas.

ABC – Federico Marín Bellón

Recital de cotidianidad

«Estrella y Leonor se bastan para llenar el minimalista escenario, con más frustraciones que cuadros»

Tiene tantos detalles de calidad y tan pocos lunares la primera película de Celia Rico que parece increíble no encontrar más títulos al palpar su currículum. Su cine está cosido con una naturalidad extrema. La directora y guionista sevillana trabaja un costumbrismo rabiosamente moderno, en una película que sería trasladable a cualquier época y ciudad. Su mejor aliado es el reparto, de mayoría absoluta femenina: Lola Dueñas y Anna Castillo son las fabulosas protagonistas, con el contrapunto casi único de Pedro Casablanc. Si no lo conociéramos bien, sorprendería ver que está a la altura.

«Viaje al cuarto de una madre» retrata la relación entre una madre y una hija, una convivencia condenada a romperse por las leyes de la vida, dentro de un entorno humilde, de bombona de butano y brasero. Ambas trabajan de planchadoras, un oficio retratado en dos apuntes tan certeros que traen a la memoria los tiempos modernos de Chaplin, no tan lejanos. Llega la Nochevieja y en casa bastan dos docenas de uvas, siempre con el padre ausente, orbitando en silencio o como fantasma que vive en el armario de ese cuarto de esa madre en la que millares de espectadoras podrían verse reflejadas, no solo porque ahora, cuenta la hija, «se ha enganchado a ver series».

Estrella y Leonor se bastan para llenar el minimalista escenario, con más frustraciones que cuadros. Frente a ese ahorro contable hay derroche de detalles y gestos, de miradas que se asoman a escondidas al llanto, sin llegar a zambullirse.

Así, mientras la «vieja» plancha y la joven empareja calcetines, o cuando la vida las distancia, la película prescinde del mensaje fácil y aún más de la grandilocuencia. En el dobladillo de lo que vemos, sin embargo, cabe más que en el pañuelo del mundo. Que la cinta no resulte teatral, en el mal sentido, es otro increíble acierto, de Rico y del resto.

Cinemanía - Andrea G. Bermejo

Con faldas. Con brasero. Una mesa camilla que cuenta lo que los personajes de Viaje al cuarto de una madre callan. Tanto Leonor, la hija que sueña secretamente con marcharse a Londres, como Estrella, la madre que se refugia en casa para no enfrentarse a la vida que viene después del luto. La muerte del padre, sugerida, apuntada, está tan presente en la casa como estos dos personajes que no se atreven a empezar a vivir otra vez. En su debut en el largometraje, Celia Rico Clavellino nos enseña lo que es el cine sin necesidad de grandes decorados, sin salir prácticamente de las cuatro paredes de un cuarto, siguiendo astutamente a cada uno de los personajes cuando la narración lo pide. Si, al principio, acompañamos a Leonor por los pasillos de casa y compartimos sus ansias de salir fuera, de conocer otros mundos, pero también su sentimiento de culpa por dejar a su madre sola, en la segunda mitad es a Estrella a quien comprendemos: su depresión mal curada, su refugio en la maternidad y en esa mesa camilla que da calor pero termina por quemar. Su despertar es tan inevitable como sorprendente el regreso a casa de Leonor y ese juego de puntos de vista con el que nos conquista la ópera prima de Clavellino. Lola Dueñas y Anna Castillo hacen suyas a esta madre y a esta hija en cada gesto, en cada mirada, en un registro contenido, casi castellano, que nada tiene que ver con los que habitualmente identificamos con ellas. Juntas consiguen esa magia solo al alcance de los mejores intérpretes, que solo veamos a sus personajes sin importar lo conocidos y reconocibles que sean. Sin ese talento se nos escaparía el amor maternofilial que tan bien retratan, ese vínculo que une a madres e hijas y que es tan grande que resiste hasta en las insalvables rupturas que son ley de vida. Lola Dueñas y Anna Castillo hacen suyo este emocionante y delicado retrato del amor maternofilial, ópera prima de Celia Rico Clavellino.

La Razón – Carmen L. Lobo

Habitar en la emoción.

Dos mujeres duermen en un raído sofá con muchos años encima. Al cabo, como el salón, como la casa siempre en penumbras donde habitan la madre, Estrella (portentosa Lola Dueñas), y su hija Leonor (una cálida Anna Castillo). El móvil despierta a una de ellas, y ahí comienza esta delicada, poética historia. Con el peso del marido ausente siempre acechando en cada esquina debut de Celia Rico rezuma sensibilidad, inteligencia narrativa, pero también un halo de tristeza y nostalgia por lo que fue y ya no. La tan, por otro lado, realista relación entre ambas mujeres emociona y se engrandece en una miríada de pequeños detalles que habitan la cinta; la inclusión de un paraguas a última hora en la maleta de Leonor, el té que se obliga a beber Estrella para querer estar más cerca de su niña... En realidad, toda la película, y ahí radica la grandeza de la directora, es un mosaico de minúsculos grandes instantes en las existencias de dos personas que se aman más allá del mundo agazapado tras la puerta del piso y que, en fin, tan poco les importa, más allá de los duelos, de la pena, de ceder incluso aunque lastime o arañe. Qué suerte la de Estrella, la de Leonor, que nunca estarán solas.

LO MEJOR Toda la película en sí misma, la manera en que está narrada por su directora, y una enorme Lola Dueñas

LO PEOR Resulta bastante complicado ponerle un pero a este notable y sensible debut; quizá, que alguien se la pierda

Cine Divergente – Javier Acevedo Nieto

Milan Kundera describiría el amor como una suerte de telepatía mental. Jessica Benjamin ahondaría en ese concepto identificando cómo se desarrolla la sintonía entre las mentes de una madre y una hija. La identidad de esa sintonía nace del reconocimiento de la asertividad de la hija por parte de la madre, y del reconocimiento por parte de la hija de que la mente de la madre existe al margen de su propia mente. El amor surge entonces de esta dialéctica entre la asertividad propia y la soberanía ajena. La relación madre-hija no se alimenta de la oposición entre una posición de poder y una de sumisión, sino al compartir estados y emociones similares, sin esperar control a cambio 1. Experimentar las similitudes, pero también las diferencias, un imaginario femenino y psicoanalítico que cargó contra la herencia de Freud y Lacan. La teoría psicoanalítica de Benjamin es más compleja, pero parte de un principio clave: el amor es una cuestión de tensión, de reconocimiento y de diferencia, y no hay nada traumático en esa tensión no resuelta.

«Para poder existir por uno mismo, uno tiene que existir para otro» arguye Benjamin. Esa coexistencia revela el mecanismo de tensión que retroalimenta el amor. En un momento de Viaje al cuarto de una madre (Celia Rico, 2018) Estrella (Lola Dueñas) se prepara el desayuno, y opta por experimentar con el té inglés, pensando quizá en que su hija Leonor (Anna Castillo) estará haciendo lo propio en Londres. Ese momento de telepatía mental — sería mejor decir teleempatía mental deformando un poco la intención de Kundera — la relación entre madre e hija se revela a través de un microgesto en la puesta en escena que se repetirá durante todo el filme: el foco en la naturaleza doméstica del hogar como detonante de las dinámicas interpersonales. El filme de Rico se detiene con frecuencia en el momento suspendido entre las acciones cotidianas, privilegiando espacios desposeídos de valor dramático en otros filmes e imbuidos en este caso de un valor de transición emocional. El pasillo de la casa, el umbral de la puerta, encuadres neutros de habitaciones parcialmente ocultas por la jamba de las puertas. Leonor y Estrella destensan la cuerda que las conecta como madre e hija en esos lugares de paso en un filme donde el diálogo carece de mayor valor dramático que el registro emocional.

Madre e hija conviven y deambulan por un único espacio doméstico. La primera es incapaz de reconocer la asertividad de Leonor como joven que intenta abandonar el microcosmos local y probar experiencias que vayan más allá de remendar pantalones y planchar. Esa negativa a continuar con el legado profesional materno se manifiesta a través nuevamente de pequeños gestos que relegan a Leonor a porciones del encuadre de escasa atención visual. Por su parte, Estrella se entrega a su hija tras la pérdida del marido, y por consiguiente su hija estima que la mente de la madre es incapaz de volver a ser independiente tras el episodio. En ese planteamiento madre e hija están próximas físicamente, pero al mismo tiempo la tensión es inexistente y la relación pende de una fina cuerda. La relación de poder está claramente establecida: la figura materna ejerce de autoridad un tanto intransigente ante la taciturna rebeldía de la hija. El reconocimiento de esa autoridad se funda en las diferencias entre ambas, no en las similitudes. Es en ese desequilibrio donde el amor materno-filial parece estar a punto de perder el equilibrio.

Cómo reconstruir la tensión entre madre e hija para mostrar finalmente lo que es amor parece la labor de Celia Rico. Construir empatía a través de la reivindicación de las semejanzas una vez representadas las diferencias. El detonante narrativo es el viaje a Londres de Leonor en busca de trabajo y sobre todo, de libertad. Episodio traumático para ambas, pero especialmente para Estrella, personaje incompleto que amenaza con fagocitar las expectativas pero siempre recula

a tiempo. Viaje al cuarto de una madre es, por lo tanto, un filme que aspira a reconstruir la empatía a través de la telepatía emocional de una madre y una hija separadas por primera vez. El filme de Rico juega con el espacio único — salvo contadas excepciones — y la función sensorial del espacio doméstico — revestido de una carga psicológica —, pero su propuesta es tan tímida — que no intimista — que termina por carecer de un genuino carácter dramático.

El cortometraje anterior al debut en el largometraje de Rico, Luisa no está en casa (2012) merodeaba por coordenadas similares proponiendo el conflicto marital entre un marido y una esposa ancianos a raíz de una lavadora estropeada. En ese cortometraje Rico cuestionaba la génesis de las dinámicas de pareja ahondando a través de una ama de casa “insumisa” a ojos de su marido en un tono más vehemente y explícito. En el filme el conflicto entre agentes sociales queda elidido, y la representación de lo femenino se ciñe al plano emocional, quedando en segundo plano cualquier componente de crítica social. En su lugar, y frente a tibieza inserta en la timidez narrativa, Rico sí perfila una voz como narradora capaz de respetar el silencio de sus personajes y privilegiar el trabajo actoral. El logro es que de esa timidez narrativa surge esta vez sí una hábil labor de representación de las similitudes entre madre e hija que aportan la tensión necesaria para mostrar un amor renovado a partir de esa telepatía motivada por la distancia física — y la aproximación emocional —.

Expuestas las diferencias al principio del filme y construidas las semejanzas durante el desarrollo, Viaje al cuarto de una madre tensa la cuerda del amor entre una madre y una hija para mostrar una relación de mutuo reconocimiento, de autoridad compartida y de una dialéctica emocional que se expresa en silencios más que en la estilización del drama o el abuso de la palabra. Rico demuestra en su debut un esmerado interés en los silencios y en los intersticios tanto físicos como emocionales. Próxima al hermetismo espacial y al distanciamiento emocional de Fernando Franco en Morir (2016) o La herida (2013) — lejos en cuanto a impacto —, Rico merodea entre un discurso íntimo y empático. Sobrevuela la tentación de caer en un determinado gesto aséptico que cierra la puerta al comentario social, y a través de la cámara fija y angulación neutra reniega de una construcción del punto de vista subjetivo.

El filme corre el riesgo de insertarse en una corriente coetánea del cine español que incurre en deshidratar las emociones y desvelar inánimes estudios de personajes donde la logofobia y el silencio no aportan una cualidad introspectiva y psicológica y el registro del presente es nulo.

Viaje al cuarto de una madre salva más riesgos que oportunidades y se perfila como una obra capaz de construir y desvelar la complicidad entre dos personajes elevados en silencios. Madre e hija que entienden que el amor es una cuestión de tensión, y donde esa telepatía marcada por la distancia cristaliza no tanto en la concreción de la puesta en escena como en los umbrales en los que se detiene una cineasta que desvela un viaje a la intimidad del hogar donde la distancia se mide en el tiempo de un abrazo.